

Fontilles: Saliendo mal salió bien.

Esta es la crónica de cosas que saliendo (empezando) mal, salieron (acabaron) bien, y es que el buen humor no hay que perderlo nunca, al mal viento hay que poner buena cara, y no sigo con aquello de que no hay mal que por bien no venga porque en este mundo odosita de vida y libertad huimos como el arroyo cuando llega al campo abierto con la majestad de las flores, celebrando cual músico haber sido sierpe de plata y algunos versos más de Calderón¹, de la política.

Así que, al grano. Dispuestos a excursionar a pie desde Murla para, Orba o no mediante, acabar en Fontilles, partimos (salimos) a las ocho de la mañana para tener que salir (bajar) apenas unos minutos después de nuestro autobús al que la electrónica le dio un aviso de inminente calentamiento no atribuible ni al clima exterior ni al calor de nuestras ya iniciadas discusiones. La vía de servicio de la pista de Silla (V31 para los puntillosos) nos sirvió para esperar el relevo, que aun siendo sábado y horas tempranas, nos recogió en menos de una hora reanudando el tempranamente interrumpido viaje, llevando así amablemente la contraria a quienes ya daban por perdido el día.

Las incompletas instrucciones de viaje que pudo recibir el improvisado conductor de nuevo alteraron nuestros planes, conduciéndonos de inicio a Fontilles, punto que era de destino para las distintas opciones programadas, razón por la cual tuvimos que reprogramar nuestras rutas. Algún usuario poco avezado en el uso del Garmin y navegadores asimilados propuso simplemente andar hacia atrás, remedio sin duda válido, aunque quizá hubiera requerido equilibrios para los que no todos (ni todas) estaban preparados. Fueron los que sí dominan estos artilugios los que dieron la solución (salida) que consistía en invertir las rutas en el propio navegador.

Dicho y hecho. Salimos (iniciamos) nuestra andadura repartidos en los dos grupos, odositas osados y odositas calmos, y disfrutamos del barranco de Fontilles y del frondoso paisaje que este lluvioso invierno ha conformado, rico en agua desatada en el arroyo que citábamos al principio de esta crónica y quebrado por las flores también citadas. Y salió (se desarrolló) bien por cuanto los pates anclados en la roca que tuvimos de subida resultaron (salieron) más fáciles de escalar que lo hubieran sido de bajada (salida). Sin sincronización buscada, coincidimos los dos grupos en el punto que resultó de convergencia y no de la divergencia planeada. Para darle algo más de salsa, aún hubo una nueva división que terminó en un reagrupamiento parcial en Murla, completado felizmente camino de Orba, donde comimos excelente menú, y, hay que decirlo, espantoso cremaet.

No sería completa esta crónica sin una especial mención al Sanatorio de Fontilles. Si la lepra es hoy una enfermedad casi extinguida en el mundo desarrollado y curable donde aparece es gracias a instituciones como este Sanatorio, fundado por el valenciano Padre Ferrís, jesuita de principios del XX cuyos familiares siguen en Valencia, orgullosos del legado de su tío abuelo y tío tatarabuelo. Para los coleccionistas de anécdotas vaya que era tradición del Colegio San José, regentado por esa orden, que todas las promociones hicieran al menos una visita al sanatorio durante su periplo colegial, conociendo la dureza de la vida y llevando alegría en forma de obras de teatro (*Los intereses creados*, *La venganza de Don Mendo* ...) a los que por razones médicas

¹ Nace el arroyo, culebra que entre flores se desata, y apenas sierpe de plata, entre las flores se quiebra, cuando músico celebra de las flores la piedad que le dan la majestad del campo abierto a su huida; ¿y teniendo yo más vida, tengo menos libertad?

no podían salir de aquel recinto en el que, aprendido de profundas palabras de algún enfermo, vivían su exclusión con el consuelo que proporciona lo que podría ser un buen lema: AQUÍ SE PUEDE SER FEO.

En Fontilles, todo sale siempre bien.